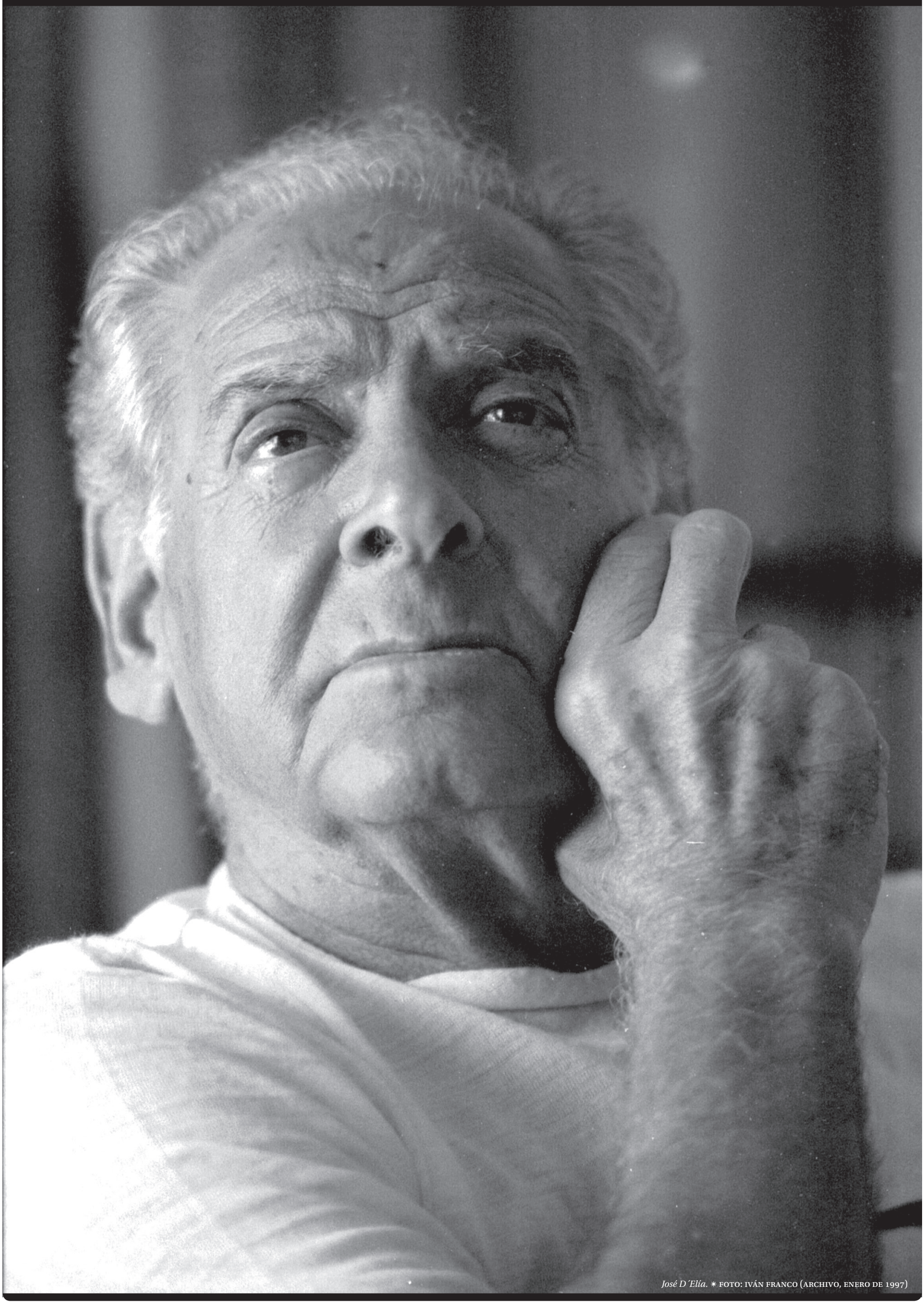


José D´Elía. ✷ FOTO: IVÁN FRANCO (ARCHIVO, ENERO DE 1997)

Al padre de la unidad nunca se lo olvida

El 21 de junio se cumplieron 100 años del nacimiento de José *Pepe* D'Elía, presidente histórico de la central única de trabajadores del Uruguay, de la cual también este año se cumplen 50 años de su fundación. La existencia de esta herramienta unitaria, que surgió el 1º de octubre de 1966 bajo el nombre de Convención Nacional de Trabajadores (CNT), como principal resolución del Congreso de Unificación Sindical, ha hecho que la historia de nuestro país no pueda explicarse sin el aporte determinante de los trabajadores organizados. De la misma forma, resulta imposible pensar la historia del país sin incorporar el aporte sustancial del movimiento sindical a la defensa y la profundización de la democracia; es impensable escribir esa parte de la historia sin dedicarle algunas de sus páginas más notables a la figura de Pepe D'Elía.

Quizás, una de las anécdotas que mejor reflejan el aporte de D'Elía a la forja de la unidad la contó Luis Iguini en el acto por los 43 años de la huelga general contra el golpe de Estado de 1973, celebrado el 27 de junio. Él decía que, en el marco de las conversaciones para llegar a un acuerdo entre las distintas corrientes que conformaban el proceso de unificación, por una solicitud de los compañeros de la corrientes anarquistas, el primer estatuto de la CNT no incluía la figura de presidente; sin embargo, en la primera reunión del Secretariado que había resultado electo en el congreso, D'Elía fue electo, por unanimidad, presidente de la nueva central sindical.

Una de las definiciones que más me identifican con la figura de Pepe es la que hacen sus nietas, María Elisa y Silvia: "Nos cuesta unir a ese hombre valiente, fuerte y firme, que resistía, con el abuelo tierno que nos llevaba a la playa". Ese hombre riguroso en su tarea, firme en sus convicciones, valiente para enfrentar cualquier dificultad por dura que fuera era el mismo que con dulzura jugaba con sus nietas en la playa de Shangrilá y las llevaba a lo hondo para jugar con las olas. Era capaz de entrelazar firmeza y ternura en unos segundos. A nosotros, al igual que a sus nietas, nos llevó a jugar con las olas, a entrenarnos para asumir nuestras responsabilidades con firmeza. Con valentía, pero también con mucha ternura, esa que muy a menudo extraño, como supongo les pasa a sus nietos, a los cuales nombraba muy a menudo y por los que expresaba siempre el amor que sentía.

Pepe fue el principal referente de una generación de dirigentes sindicales; logró, en momentos muy complejos, interpretar la necesidad histórica que surgía del seno de la clase obrera de construir una herramienta unitaria de los trabajadores, capaz de integrar las formas más diversas de pensar y sentir a la defensa común de los intereses de los trabajadores y el pueblo. Desde entonces y hasta ahora, ya son cuatro generaciones las que reconocen el aporte imprescindible de D'Elía como padre de la unidad sindical, unidad que se reconoce en el mundo entero y es motivo de orgullo para toda la sociedad uruguaya.

Sin embargo, la figura de Pepe ha dejado hace mucho tiempo de ser patrimonio exclusivo del movimiento sindical: ha sido a la vez un impulsor permanente de la unidad entre el movimiento sindical y su pueblo, porque tejió, junto con esa generación de dirigentes notables, un vínculo muy sólido con la Universidad de la República y el mundo académico, con un movimiento estudiantil fermental y con los más destacados referentes de la cultura y el arte.

A su vez, fue artífice de un fluido relacionamiento entre la central obrera y el sistema político; construyó, desde la firmeza de los posicionamientos de un movimiento Sindical clasista, un dialogo permanente con todas las formas de pensar el país que conviven en la política y la sociedad uruguaya. D'Elía fue, desde su condición pública de frenteamplista, una persona respetada por todos los actores de la política nacional, porque logró marcar a fuego en la sociedad uruguaya la idea de que con el movimiento sindical las negociaciones son frontales y fuertes, pero los acuerdos se respetan en cualquier circunstancia.

Por estas y muchas cualidades más, inabarcables para un artículo, D'Elía fue reconocido a lo largo de su vida como una personalidad destacada en la historia de nuestro país. De los múltiples homenajes que se le quisieron hacer (y que sistemáticamente se negaba a recibir en tanto no significaran un homenaje a toda la clase obrera, con lo que exhibía una modestia a la altura de su personalidad), quizá el más simbólico fue el que le hizo la Universidad de la República el 18 de febrero del 2005 al otorgarle el título de doctor *honoris causa* por su aporte a la construcción de una sociedad con más justicia social, más democracia y más libertad, que para nosotros significó reconocerlo como el doctor de la clase obrera.

Por eso, cuando reconocemos a D'Elía, podemos homenajear en el mismo momento a José *Sabalero* Carbajal, Eduardo Darnauchans, Mario Benedetti, Eduardo Galeano, Idea Vilariño, Carlos Maggi, Hugo Rodríguez, Eduardo Mateo, Hugo Fattoruso, Antonio Iglesias, Wladimir Turiansky, Hugo Cores, Gerardo Gatti, Gerardo Cuesta, León Duarte, Rosario Pietraroia, Atahualpa del Cioppo, Horacio Buscaglia, Imilce Viñas, Hugo Maggiolo, Javier Silva, Alberto Amorín, José Luis *Tola* Invernizzi, Daniel Buquet, Liber Seregni, Wilson Ferreira, Jorgelina Martínez, Elena *Tota* Quinteros, Luz Ibarburu, Elisa Dellepiane, Zelmar Michelini, Héctor *Toba* Gutiérrez Ruiz, William Whitelaw, Rosario Barredo, Manuel Liberoff, Héctor Rodríguez, el gran zapatero Enrique Rodríguez, Rodney Arismendi, Jaime Pérez y cientos de hombres y mujeres que desde muy diferentes lugares fueron construyendo valores en los que nos sentimos representados, independientemente de las múltiples concordancias y otras tantas discrepancias. Así concebimos nuestra unidad en la diversidad, respetando todas las visiones, todos los puntos de vista. Así lo concebía Pepe D'Elía.

Hace pocos días, nuevamente el Paraninfo de la Universidad de la República se vio desbordado para homenajear a Pepe. Allí estuvieron toda la dirigencia actual del PIT-CNT, la Comisión de fundadores de la CNT, la generación del PIT y la salida democrática, la generación que resistió la desregulación y las privatizaciones durante los 90, los jóvenes que hoy se suman por miles a las filas del movimiento sindical, la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, que reafirmó nuevamente la unidad obrero-estudiantil, referentes de la cultura y dirigentes de todos los partidos políticos, homenajeando a un hombre honesto, que desde la firmeza en sus posiciones era capaz de dialogar y que es un símbolo ineludible de la lucha de la clase obrera en Uruguay.

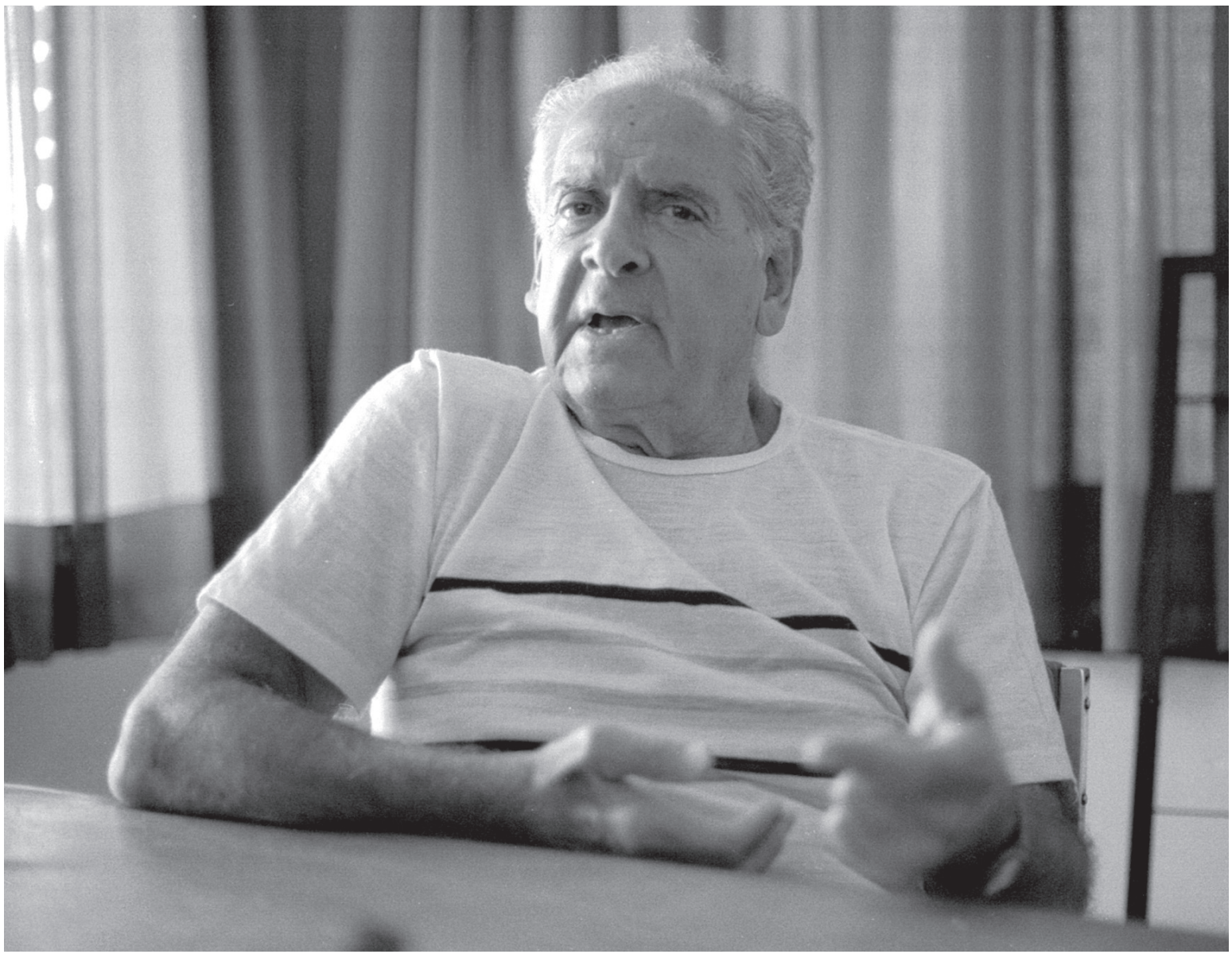
Nuestro principal compromiso con Pepe es seguir construyendo todos los días, con trabajo y alegría, la organización de una central que hoy cuenta con 400.000 afiliados y más de 70 filiales, y que sigue siendo esa misma clase obrera a la que D'Elía ayudó a unir y a soñar con que otra sociedad era posible en el camino de la unidad, la solidaridad y la lucha. ■

Fernando Pereira,
presidente del PIT-CNT

Quien nombra,llama.
Y alguien acude, sin cita previa,
sin explicaciones, al lugar
donde su nombre
dicho o pensado, lo está llamando.
Cuando eso ocurre,
uno tiene el derecho de creer
que nadie se va del todo,
mientras no muera la palabra que,
llamando, llameando, lo trae.
Eduardo Galeano
Los trabajadores de UTE hoy honramos tu memoria...,
pero nuestro mejor homenaje será siempre
cuidar y fortalecer la tan necesaria unidad.
A.U.T.E
21 de junio 1916 - 2016
PIT-CNT

A Don José

Desde sus orígenes familiares hasta la construcción de la unidad en la CNT



José D´Elía. ✷ FOTO: IVÁN FRANCO (ARCHIVO, ENERO DE 1997)

Su nombre completo es José Artigas D'Elía Correa. Pero siempre fue Pepe. Hay mucho material para rastrear su biografía; una de las lecturas imprescindibles es el trabajo que publicaron en la segunda mitad de los 90 los investigadores Jorge Chagas y Gustavo Trullen. Son dos libros con el mismo nombre, *Memorias de la esperanza*; el primero abarca desde su nacimiento hasta la fundación de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), en 1964, y el segundo, *Los años turbulentos*, desde 1965 hasta 1984. Es un gran trabajo, vale la pena leerlo.

Por lo menos podemos plasmar en este espacio los grandes titulares, desde sus orígenes familiares hasta la formación de la CNT, tomados casi todos de ese trabajo (y también de otros, como los aportes que han hecho Universindo Rodríguez, Silva Visconti y Carlos Bouzas, por mencionar algunos).

D'Elía nació el 21 de junio de 1916, en Treinta y Tres, pero cuando cumplió un mes, y debido a una creciente en el río Olimar, sus padres se trasladaron a Rocha, a la que consideraba su "patria en adopción". Eran diez hermanos: seis varones y cuatro mujeres. Su padre se llamaba Germán D'Elía y era un militar riverista; peleó en la guerra civil de 1904 y durante muchos años recorrió cuarteles del interior del país.

El comienzo de la militancia sindical y política de D'Elía está marcado por dos acontecimientos políticos: el golpe de Estado de 1933 en Uruguay y la solidaridad local que despertó la Guerra Civil Española.

Del primer episodio habla en estos términos, en el libro de Chagas y Trullen: "Después del golpe, vino el invierno. El crudo invierno [...] Los historiadores denominan a este período como la 'dictablanda' y yo mismo he usado ese término en alguna oportunidad. Pero debo decirles que eso no significa un juicio positivo. Ni siquiera benévolo". Y sobre el segundo acontecimiento, quizá la mejor síntesis sea el título del capítulo del libro que aborda cómo impactaron en la izquierda uruguaya las noticias que llegaban desde suelo español: "Aquella guerra pasaba a ser nuestra guerra". Esta cercanía con el proceso español queda ratificada, además, con sus relatos sobre los carteles de solidaridad con la causa republicana que veía colgados en las paredes de Casa del Pueblo. Con ese telón de fondo, D'Elía comenzó su militancia social y política. A los 18 años se afilió al Partido Socialista; su carnet de la Juventud Socialista del Uruguay tenía el número uno. Fue también durante esos años que comenzó su trabajo a nivel sindical. Tras una breve experiencia con los sindicatos gráficos, se afilió a la Federación Uruguaya de Empleados de Comercio e Industria (FUECI), que por ese entonces integraban los empleados de grandes tiendas, como London París, Introzzi, La Madrileña, Aliverti, entre otras. También estaban agremiados a la federación los trabajadores de las ferreterías, pinturerías, zapaterías, bazares y casas de música. La sede de la FUECI estaba en la calle Ituzaingó 1389 y su presidente era Benito Rovira, un empleado de la tienda Caubarrére.

Eran etapas de mucha fragmentación en el movimiento sindical uruguayo: estaban la Confederación General de Trabajadores del Uruguay (creada en 1929), la Federación Obrera Regional Uruguaya (en 1905) y la Unión Sindical Uruguaya (en 1923). En 1942, se creó la Unión General de Trabajadores (UGT), que estuvo conformada por 65 organizaciones sindicales -33 de Montevideo y 32 del interior-, y D'Elía fue designado su prosecretario. Ocupó ese cargo hasta la disolución de la UGT, en 1943, como consecuencia de la huelga frigorífica. Ese mismo año, sin embargo, se aprobó la ley de consejos de salarios, una medida que favoreció la organización sindical, sobre todo en la actividad privada y en el interior del país.

Otro acontecimiento importante de aquellos años, más precisamente de 1944, fue la participación de D'Elía en un comité de solidaridad con los trabajadores de la arenera Ferro, en el departamento de Colonia, que denunciaban condiciones de empleo feudales. Una vez que terminó la Segunda Guerra Mundial, integró la delegación uruguaya que participó en París en la creación de la Federación Sindical Mundial, y luego fue designado por el gobierno uruguayo representante en la delegación que estuvo en primera conferencia de la Organización Internacional del Trabajo. Los diarios de la época registraron ese viaje, incluido un curioso episodio que lo tuvo como protagonista: D'Elía tuvo una pelea con cuatro soldados estadounidenses, que lo golpearon en la cabeza y, además, le robaron la cartera, el reloj y documentos, según consignó un cable de AFP citado por la prensa local.

Ya a comienzos de la década del 50, junto con otros trabajadores de la industria de los laboratorios, logró la unificación en un mismo sindicato de los administrativos, los obreros y los visitadores médicos. Fueron las primeras experiencias; comenzaron lentamente a negociarse las primeras iniciativas unitarias, ya pensando en la posibilidad de conformar una central única, a pesar de que el panorama todavía resultaba desalentador: el 1º de mayo de 1956 se realizaron cinco actos diferentes en Montevideo. Ese mismo año, sin embargo, se concretó una primera reunión con delegados de todas las centrales en la Federación de la Carne, y se llegó a crear una Comisión Intersindical de Solidaridad, en la que convergían ugetistas, anarquistas, los gremios autónomos que se habían separado de la Confederación Sindical del Uruguay y figuras como Héctor Rodríguez, Enrique Pastorino, Gerardo Cuesta, Javier Larroca, Félix Díaz, Mitil Ferreyra, Rosario Pietrarroia, Roberto Prieto, Ramón Freire, Carlos Gómez, Carlos Borche, Luis Iguini, entre otros. "Teníamos un punto en común: el diagnóstico sobre la situación del país. La crisis que se vivía era estructural y se requerían miradas de fondo", recordó D'Elía en *Memorias de la esperanza*.

Este proceso culminó en 1961, con la creación de la Central de Trabajadores del Uruguay (CTU), integrada por 120 organizaciones sindicales, cuyo primer presidente fue D'Elía. La CTU, a su vez, jugaría luego, más concretamente a partir de 1964, un papel clave en las primeras conversaciones tendientes a crear una Convención Nacional de Trabajadores (CNT). D'Elía rememoró aquellos momentos de la siguiente manera: "Los obstáculos para la unificación desaparecían. Aun los temas más ríspidos, como eran la existencia o no de militantes rentados, la incompatibilidad entre ser dirigente sindical y legislador -Enrique Pastorino renunció a su banca de diputado en aras de la unidad- y la afiliación o no a las centrales internacionales. ¡Ahora sí comenzaba a sentirme satisfecho!".

El proceso siguió adelante. En 1965, unas 700 organizaciones participaron en el Congreso del Pueblo, y un año después, más concretamente en setiembre de 1966, se aprobaron los estatutos, la declaración de principios y el programa de soluciones de la nueva central única: la CNT. D'Elía, otra vez, fue elegido presidente de este organismo unificador. En el libro de Chagas y Trullen aparece un diálogo que intenta evocar el momento concreto de la fundación de la CNT: en ese contrapunto, que se desarrolla en el emblemático bar Sportman, frente a la Universidad de la República, se le atribuye a Gerardo Cuesta la primera utilización del término "convención", que todos los demás asistentes a la reunión consideran que es el más apropiado para utilizar en ese momento. Además de D´Elía y Cuesta, en aquel Secretariado Ejecutivo estaban Pastorino (cuero), Helvecio Bonelli (prensa), Washington "Perro" Pérez (caucho), Wladimir Turiansky (empleados de UTE), Rodríguez (textiles), Gómez (bancarios),Iguini (funcionarios públicos) y Víctor Brindisi (magisterio) ■

En el centenario de Pepe

José D'Elía, nuestro querido Pepe, habría cumplido 100 años el 21 de junio, y fueron varios los actos que lo recordaron. Todos merecidos, porque fue una persona llena de valores positivos, y todos sinceros, porque no creo que haya nadie, ni siquiera uno de quienes lo conocimos, que haya tenido una mala opinión de él.

No pretendo hacer su biografía, que ya está hecha, y tampoco quisiera convertirlo en estatua de bronce, pese a lo cual siempre es necesario destacar aquellos rasgos de su personalidad que lo volvieron un ser único.

Pepe, nunca fue José. Sí, a veces, D'Elía, porque en aquellos años se usaba mucho identificar a las personas por su apellido. Pepe era lo que se entiende por un hombre cabal. Puntual, disciplinado, serio, pese a su buen humor y su optimismo vital, fraterno y, sobre todo, confiable: decía lo que pensaba y actuaba en concordancia. Con larga experiencia en la lucha sindical, no fue casualidad que siempre hubiese unanimidad a la hora de elegirlo presidente. Confiábamos en que, más allá de sus ideas -que las tenía, muy claras y firmes-, siempre buscaría favorecer el acuerdo, el equilibrio entre las distintas opiniones.

Hoy nos parece una verdad que ni siquiera merece destacarse esa cuestión clave que es "la unidad en la diversidad". Sin embargo, la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) y el PIT-CNT, sin llamarse "central única" ni tener un estatuto rígido, es la única central en el mundo que agrupa a todos los trabajadores del país. En octubre cumplirá medio siglo de vida, y nadie imagina que no sea la casa de todos los trabajadores. Sin embargo, es un fenómeno único en el mundo: en todo el resto del orbe abundan las centrales que se dan ese nombre sin ser representativas más que de un menguado número de sindicatos.

Somos el resultado de largas décadas de frustración de un movimiento sindical que nació con una clara identificación como clase trabajadora, con un generoso sentido solidario y con entrega y constancia en la lucha. Costó mucho esfuerzo, mucha discusión y mucha frustración llegar a entender al otro y respetarlo aunque pensara distinto, mientras sintiese la misma identificación de clase. Carlos Bouzas cuenta el proceso en su libro *La generación Cuesta-Duarte*, y al recomendarlo me eximo de narrarlo.

Mi propósito acá es contar algunos recuerdos de momentos en que trabajé en forma muy cercana a Pepe. Comienzo, ya con la CNT constituida, en la segunda mitad de la década de los años 60, período en el cual milité junto con Ruben Villaverde (OSE), Julio Quinteros (ANP) y Alcides Lanza (Federación Única de Empleados del Comercio y la Industria) en la Comisión de Montevideo, un organismo creado para atender y coordinar la intensa actividad sindical con el resto de las luchas populares, ya que no éramos los únicos en la calle.

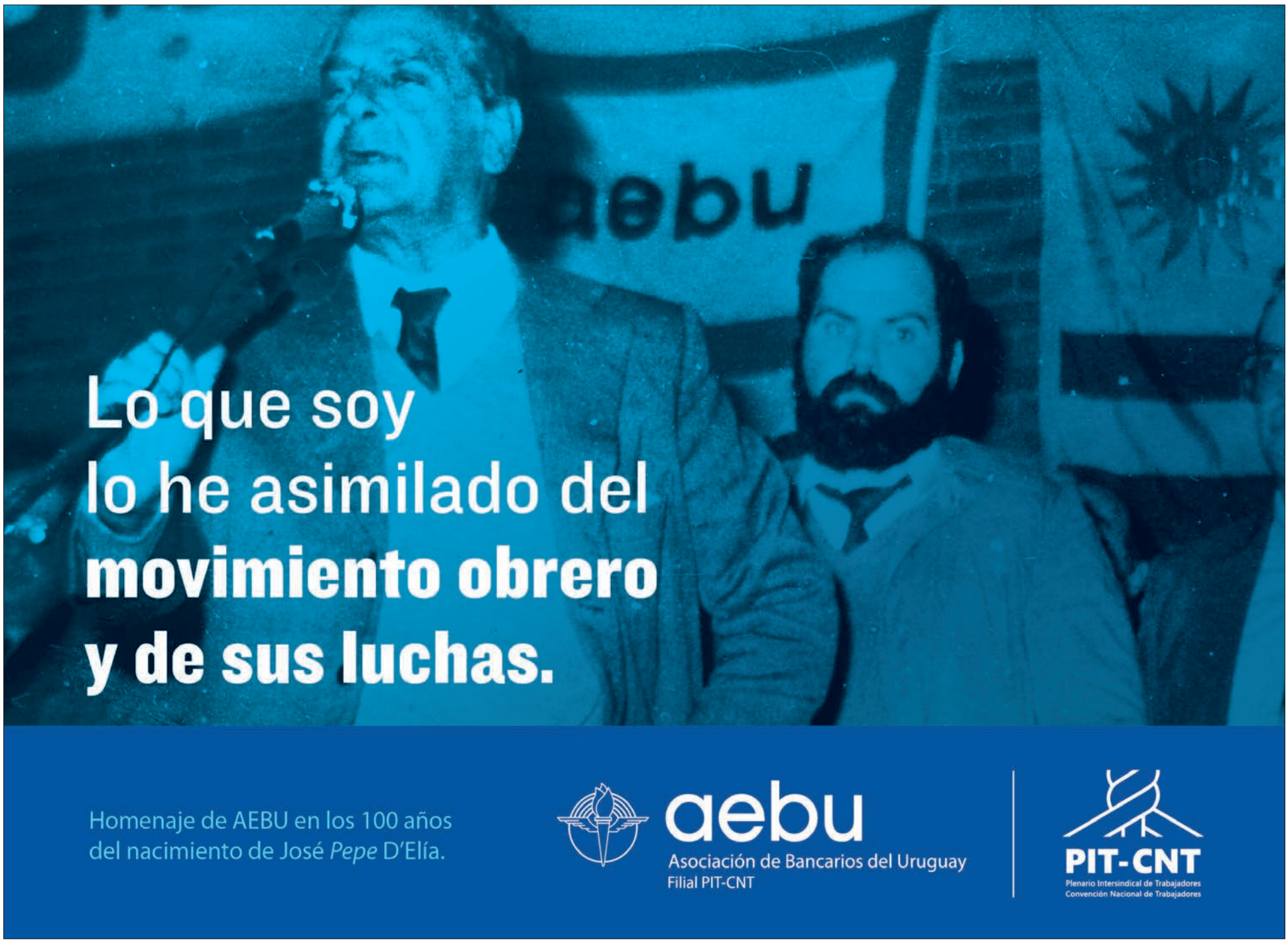
Estaban los estudiantes universitarios, nucleados en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, y los de secundaria, que irrumpían tumultuosos. Luchaba en la calle el Movimiento Femenino por la Justicia y la Paz Social, liderado por Lil Gonela de Chuy Terra, Flor de María Ayestarán, nuestra compañera Gladys Suárez, funcionaria de Tesorería, e Irene Pérez, un tesoro de experiencia como textil. Enfrentaban a los coraceros cantando el himno y sin moverse de la calle. Estaba también la Asociación de Padres de Alumnos Liceales (APAL) -con el doctor Manuel Liberoff (Benjamín en esos años iba al liceo)- y Elina Berro, exquisita columnista de *Marcha*, con el seudónimo de *Mónica*.

Y estaba la represión. La oficial, con las Medidas Prontas de Seguridad, que, de ser un instrumento excepcional y breve, pasaron a convertirse, en manos de Jorge Pacheco Areco, en un imprescindible y permanente acoso a toda oposición. Y la extraoficial, protegida por el gobierno: las bandas fascistas cuyo núcleo inicial habían sido los liceos, pero ya extendían su acción contra la izquierda y el movimiento popular en todo el país. Protegidos por la impunidad fueron creciendo, en poco tiempo, hasta ser el Escuadrón de la Muerte. Había que contar, también, con los imprevistos de las acciones armadas del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros y otros grupos de igual signo que irrumpían con su lucha en medio de un panorama ya muy complejo.

Fue en esos años que la represión, que no podía con la gente movilizada en la calle, empezó a utilizar las escopetas motineras. Eran calibre 12, cargadas no con chumbos, sino con postas (trozos de acero filosos), usadas para cazar jabalíes y capaces de matar a 70 u 80 metros de distancia. Cargadas con chumbos livianos y disparadas contras el suelo, no hace mucho le sacaron un ojo a un hincha en el estadio. Víctimas de esas armas de guerra, murieron Susana Pintos, estudiante y trabajadora de ANCAP, y Hugo de los Santos, que, con su camisa blanca como bandera de parlamento, se había asomado a la puerta de la Universidad de la República para pedir una tregua y retirar a Susana.

Cuando el 20 de mayo de 1976, en Buenos Aires, la represión raptó y despareció a un moribundo, Manuel Liberoff, no fue para eliminar a un opositor peligroso, sino para cobrarse cuentas de esos años en que sus raptores integraban las bandas fascistas y él las enfrentaba arriesgando su vida.

El panorama estaba revuelto, y la CNT estaba en el centro de ese torbellino de violencia creciente. Era una CNT muy pobre; no teníamos local, funcionábamos en el de los empleados de Cooperativas de Consumo, en la calle Yi entre Paysandú y Cerro Largo. Nosotros llegábamos a eso de las ocho y media de la mañana y enseguida comenzaban a llegar Enrique Pastorino, siempre con



un cigarrillo quemándose entre sus labios, el *Canario* Félix Díaz, que venía de estar un par de horas en su trabajo en la ANP; Gerardo Cuesta, que era fresador de la firma Passeggi. No había "licencia sindical" entonces, pero en algunos casos había una cierta tolerancia, ganada a fuerza de ser buenos trabajadores y tener buenos compañeros que nos cubrían. También llegaba Pepe, que era visitador médico y antes de venir había hecho sus visitas. Me imagino los madrugones a los que obligaría a los médicos de su radio. Para él no había problema: tanto en invierno como verano se levantaba a las seis de la mañana, mateaba, se bañaba con agua fría y salía a trabajar. Llegaba con su traje gris de batalla y su rodilla ya dándole problemas al recorrer la bajada de la calle Yi a esa altura.

Lo primero que hacía era repartir algún remedio. Que algo para la tos, que algo para la acidez, que hora para que te viera tal o cual médico -porque tampoco había Fondo Nacional de Salud, ni muchos seguros de salud, y las mutualistas eran caras-. Luego, el cuarteto se reunía, recibía las novedades y planificaba el día. Si otras cuestiones no los reclamaban, Pepe, Pastorino y Cuesta se quedaban conversando con dirigentes que tenían cuestiones que tratar, y empezaba la ronda del *Canario*, y nosotros, por sindicatos, lugares de trabajo y manifestaciones relámpago que, en general, terminaban en trifulca. Pronto se agregó, como un adjunto de Félix, Juan Antonio Iglesias, el *Gallego*, dirigente principal del vidrio y patrón de Los diablos verdes. No fue casualidad que la huelga general se decretase desde la sede del vidrio, en La Teja.

Para dar las vueltas contábamos con dos camionetas bastante baqueteadas en las que andaban Pastorino y Félix, pero que estaban a la orden de quien las necesitase. Un número de teléfono y gracias, un mimeógrafo, una máquina de escribir, e Irene, que era la funcionaria y quien hacía las veces de tesorera de un tesoro de deudas.

Si se podía, se volvía a la casa a almorzar, y a eso de las dos de la tarde volvía la calesita a ponerse en movimiento. Pepe en eso era el más estricto: luego de almorzar hacía una siesta de media hora. Volvía si no tenía alguna entrevista pactada, y se quedaba resolviendo cosas. Pasar de las nueve de la noche no le gustaba nada, pero aguantaba. Era divertido verlo ceñudo cuando las reuniones de la dirección se trancaban y la discusión se hacía larga.

Cuando, siempre en la mañana, le planteábamos a Félix alguna idea medio rara, obteníamos como respuesta la pregunta "¿se lo planteaste a Pepe?". En caso afirmativo, marchábamos con ella adelante; de lo contrario, él lo haría y veríamos. No era centralismo extremo ni culto a la personalidad: era la confianza en que Pepe era el punto de equilibrio. El problema no era que algo le gustase o no, sino su valoración de si respetaba las ideas de todos los compañeros. Para resumirlo: si la iniciativa era coherente con el principio de la unidad en la diversidad o si, al contrario, lo tensaba. La opinión de D'Elía era una especie de fiel de la balanza para todos los dirigentes y para todas las tendencias; su valoración consideraba lo que todos pensaban.

Así transitamos esos años en que las cosas iban de mal en peor. Desde fines de los años 50, cuando se firmaron las primeras Cartas de Intención con el Fondo Monetario Internacional para obtener préstamos, reinaba la política marcada por ese organismo. Empezó la "austeridad", que no era otra cosa que rebajarnos constantemente el salario real, con lo cual esa rebaja pronto se notaba en la atonía del comercio. Héctor Rodríguez lo describía muy bien: mientras nuestros salarios subían trabajosamente por la escalera, los precios lo hacían a toda velocidad por el ascensor. En tales condiciones, y con un movimiento sindical unido y combativo, las luchas sociales crecían y la represión se endurecía. Fracasados los dos gobiernos blancos, volvieron el presidencialismo y el Partido Colorado, con el general Óscar Gestido, que no alcanzó a gobernar un año. Su muerte marcó el comienzo del pachecato. Pacheco era una figura de segundo orden, nacido y criado en la cuna del diario *El Día* y expulsado de allí por apoyar la vuelta al régimen presidencial. El azar lo hizo vicepresidente (Gestido había hecho antes, sin suerte, otras ofertas) y la muerte del presidente lo puso en el gobierno. Rodeado de empresarios y políticos de segunda fila, y parejamente reaccionarios, su política no podía ser más que lo que fue: hambre y represión. El sucesivo fracaso de los políticos ambientaba ya el golpe de Estado. Quién, cómo y cuándo era cuestión de tiempo, pero el desenlace era previsible.

Fue entonces, luego de develarse una conspiración golpista con epicentro en el cuartel de Treinta y Tres, que se adoptó la resolución de enfrentar el golpe con una huelga general, a la que pronto agregamos la ocupación de los lugares de trabajo, como forma de mantener unidas a las fuerzas populares.

En el 73, cuando hubo que hacerla, las cosas fueron bastante más fáciles de lo que podría suponerse. Es que, desde que se tomó la decisión, fue discutida en todas las asambleas sindicales, tanto en las grandes como en las reuniones de sector. Todos, absolutamente todos los trabajadores la habíamos resuelto, y nos habíamos preparado para hacerla. Para resumirlo en una frase: lo habíamos resuelto con la cabeza y con el corazón.

Y lo hicimos.

Esto ya está demasiado largo, cortemos por aquí con una reflexión final: los trabajadores dijimos que haríamos huelga, y la hicimos durante 15 días. Habría que preguntarse por qué ni el Parlamento como cuerpo intentó reunirse, ni la Suprema Corte estuvo a la altura de su rango como poder del Estado. ■

Eduardo Platero

De cercanías

El recuerdo de Andrés *Tito* Silverio y Gabriel Melgarejo, funcionarios del PIT-CNT

Gabriel Melgarejo (GM) empezó a trabajar en el PIT-CNT en 1989, como cadete, cuando la sede de la central estaba 18 de Julio y Alejandro Beisso. Andrés *Tito* Silverio (AS) ingresó un poco tiempo después, para hacer una suplencia de Gabriel en el cargo de chofer. Ambos conocieron a José *Pepe* D'Elía por esos días, y conocieron, como pocos, su trabajo cotidiano como presidente honorario del PIT-CNT. Estuvieron cerca de D'Elía hasta su muerte, en enero de 2007, y no dudan en señalar que su figura debería ser una de las principal referencias para las nuevas generaciones de sindicalistas.

Gabriel Melgarejo y Andrés Silverio en la sede del PIT-CNT. ✶ FOTO: FEDERICO GUTIÉRREZ

–¿Qué sabían de D'Elía antes de empezar a trabajar en el PIT-CNT?

GM: -Antes lo conocía cómo figura emblemática y presidente de la central, pero a partir de ese momento empecé a conocerlo más en profundidad, en el trato cotidiano. Mi padre [Artigas Melgarejo] había sido dirigente sindical de la UNTMRA [Unión Nacional de Trabajadores del Metal y Ramas Afines] antes de irse para España, y cuando Pepe estuvo en Madrid llegó a quedarse en casa. Ahí lo conocí también, pero la relación personal más fluida y cotidiana comenzó cuando empecé a trabajar en la central.

AS: -Yo tenía algún conocimiento de su figura, sabía quién era, pero no lo conocía personalmente. Era una gran persona, eso es lo primero que me interesa destacar. Tenía su genio también; era una persona con mucho carácter, pero no por eso dejaba de ser un tipo muy macanudo. La verdad es que era una persona excepcional. Lo iba a buscar todos los días a la casa, a eso de las nueve de la mañana, y estaba con él de repente hasta las dos o tres de la tarde, que él paraba para almorzar o descansar un rato. Después seguía Gabriel con él.

–Vivía en Parque Batlle, ¿no?

GM: -Estuvo por varios lados. Cuando lo conocí, vivía en Solymar, después se mudó para Jaime Cibils, y después sí, sus últimos días los pasó en un apartamento en la calle Larrañaga.

AS: -Antes había vivido en Berro y 8 de Octubre.

GM: -Él venía todos los días a la central. Era una persona muy metódica en su trabajo; tenía que estar muy complicado para no venir. Incluso cuando designaron a los coordinadores y él pasó a ser presidente honorario -en realidad, fue honorario toda la vida- seguía viniendo a la central. En los últimos años ya no venía tan seguido, le costaba mucho. Íbamos más nosotros a la casa, le llevábamos la prensa y conversábamos con él. En la década de los 90, que fueron años muy difíciles -porque había que ser sindicalista en esos años, sin Consejos de Salarios-, Pepe fue un gran articulador, siempre estuvo promoviendo el diálogo. Él habilitaba puertas en momentos en que las puertas estaban bastante cerradas, por el respaldo que tenía él como sindicalista y como persona.

–Siempre quedó la imagen de que era un tipo muy respetado a nivel político, más allá del Frente Amplio.

GM: -Era respetado por toda la clase política, sí. Y también entre los empresarios; muchos de ellos de repente eran muy duros en su ámbito, pero cuando hablaban de D'Elía la cosa cambiaba. Si Pepe se integraba a una negociación era una garantía para todas las partes.

AS: -En aquellos años uno de los dirigentes con los que más hablaba y que estaban más cerca de él era [Eduardo] *Lalo* Fernández, que estaba en Aebu [Asociación de Bancarios del Uruguay]. Me acuerdo de que era uno de los tipos más cercanos. Lo mismo después con Fernando Pereira; se ve que algo encontraba en ellos.

GM: -Pepe cultivaba mucho el cariño con todos los dirigentes del movimiento sindical. Tenía sus preferencias; Lalo era, sí, una de las personas más cercanas en esos años. Pero cultivaba mucho la amistad. También creía mucho en la lealtad, la consideraba un valor absoluto. Y, ojo, cuando se rompía esa lealtad, ahí podía haber problemas, porque era un tipo de carácter muy fuerte; cuando se enojaba, era complicado. Tenía igual esa capacidad de rezongarte y al rato hacerte los mimos necesarios como para poder seguir adelante.

AS: -Hay anécdotas. Yo llevaba 15 días laburando acá, y con el Rolo [ver recuadro] lo llevábamos de un lado a otro. Un día fuimos a la Universidad Católica, en Jaime Cibils, y mientras él estaba adentro fuimos a tomar una con el Rolo al bar de la esquina. Resulta que cuando fuimos a buscarlo ya no estaba, lo habían llevado. Fui hasta la casa y me dijo de todo, que no fuera nunca más y no sé qué más. Ahí pensé que me había quedado sin laburo. Al otro día lo fui a buscar; me pidió perdón y me regaló una botella de vino. Tenía carácter, pero también daba marcha atrás. Se calentaba, sí, pero al rato se le iba.

–¿Cómo era su relación con la política? Además de su candidatura en las elecciones de 1984, ¿tenía aspiraciones de meterse en la política?

GM: -No, para nada. Era, sí, un frenteamplista definido; estaba muy comprometido con ese proyecto político. Era tan soldado que cuando lo tuvieron que llamar en 1984 [para cerrar la fórmula con José Crottogini] estuvo al firme. Pero él nunca tuvo ningún apetito político; por el contrario, siempre manifestó su coincidencia y también su autonomía como dirigente sindical. Todo el mundo sabía que era frenteamplista, pero tenía buena relación con blancos y colorados, y era muy respetado por las principales figuras políticas de los partidos tradicionales. Era amigo de Wilson [Ferreira Aldunate]; siempre lo tenía como un referente.

AS: -Con [Julio María] Sanguinetti también tenía muy buena relación. El padre de Sanguinetti había sido director de Trabajo; lo conocía de chico a Sanguinetti. Me acuerdo de que le decía "Julito", y era presidente de la República en ese momento. Y ni qué hablar con [Liber] Seregni, con el que tenía una relación muy estrecha.

ROLO

Melgarejo y Silverio coinciden en que hablar de los funcionarios del PIT-CNT que conocieron a D'Elía y no mencionar a Roald *Rolo* Victorino sería injusto. "Rolo era su amigo, tenían mucha complicidad. A pesar de ser tipos diferentes, compartían códigos de amistad y lealtad. Rolo venía de gastronómicos y era el portero de la central, pero sobre todo era un cargo de confianza de Pepe. Se querían mucho", comentaron. ■

27 de junio 1984 - Jose Pepe Delia dijo en el aniversario del golpe de Estado:

"El proceso social, político y laboral tiene tanto impulso que ya hoy no tenemos planteado sólo el problema de los salarios sino el problema de la sociedad que vamos a conquistar en los años futuros de este país".

ert

COSS Comisión de Seguridad Social del PIT-CNT

POR UNA SEGURIDAD SOCIAL UNIVERSAL SOLIDARIA Y SIN AFAPs

Equipo de Representación de los Trabajadores en BPS

–Hoy esos diálogos tan amplios, con gente de filas política tan distintas, no son tan frecuentes.
GM: -Aquello es también el reflejo de otro Uruguay. En lo personal, extraño un poco lo que era aquella clase política. También era otro mundo. Las comparaciones no siempre son buenas, pero sí es cierto que él era un tipo con una enorme capacidad para tender puentes que en la previa parecían muy complicados de construir. Pepe podía meterles el candor necesario a las relaciones más frías y distantes, porque la figura de él lo permitía.
AS: -Era impresionante su apertura al diálogo. Estaba abierto a todos los que le venían a hablar.
GM: -Él llegó a ver el cambio político que implicó la llegada del Frente Amplio al gobierno; tenía cifradas esperanzas en ese cambio. Fue una cuestión importante para él. Imaginate que, para un tipo que luchó toda la vida, llegar a ver eso al final de su vida significó mucho. Y también sufrió mucho la crisis de 2002; le dolía la situación del país. De hecho, llegó a ser impulsor de los comedores populares y los merenderos en esos años. Siempre su énfasis tenía que ver con la importancia de que no se desintegraran los sindicatos, del valor de los sindicatos como herramientas.

–¿Y con las nuevas generaciones de sindicalistas cómo se llevaba?
GM: -Tenía también un diálogo fluido con los sindicalistas más jóvenes. En los últimos años, el Secretariado Ejecutivo de la central había tenido una renovación generacional importante. No estaba la generación de Pepe representada ahí, pero él igual seguía siendo el conductor de toda esa gente, lo que sería toda la generación del 83: Eduardo *Lalo* Fernández, Richard Read, Juan Castillo, Fernando Pereira, Camilo Clavijo, Julio García, Juan José Bentancor, Jorge Mesa y tantos otros.
AS: -Él era el referente de todas las barras. Toda esa gente, que para él representaba la muchachada más joven, veía en él una garantía de la unidad. Era el presidente indiscutido del PIT-CNT.
GM: -Sí, eso era algo que nadie ponía en discusión. Era el elemento unificador; estaba más allá de las corrientes de opinión, y eso era el producto de una construcción colectiva. Las diferentes corrientes lo habían puesto ahí, en ese lugar, porque todos sabían que él daba las garantías necesarias. Y creo que hizo escuela. Fernando Pereira, por poner un ejemplo, es un fiel reflejo de la cultura D'Elía, y seguro que muchas veces se pregunta qué haría D'Elía en su lugar.

–¿Se hacen muy seguido esa pregunta?
GM: -Y es inevitable; hay muchas cosas que los nuevos dirigentes sindicales deberían buscar en tipos como Pepe. Hoy ser dirigente sindical es una papa, porque tenés un montón de herramientas normativas que te amparan como dirigente, que antes no existían. Hoy arrancás con un piso que te permite tener licencia sindical, derechos que aseguran tu fuente de trabajo; es importante tener en cuenta que eso se logró de alguna manera.
Esa generación es impresionante, son los constructores de la unidad, son los tipos que un día se tuvieron que sentar, limar asperezas y decir: "vamos todos juntos para este lado". Por eso el valor de la unidad es tan preciado. Era un tipo como los que no hay ahora; era un tipo extraordinario, un imprescindible. Yo lo extraño mucho; hablar con él te permitía tener una proyección diferente de las cosas. Y sí, ante muchos dilemas, nos terminamos preguntando qué haría Pepe si estuviera en nuestro lugar, y actuamos con esa premisa, diciendo: "el Pepe haría esto". Por eso nos interesa mucho que la figura de D'Elía se proyecte para adelante, pensando en las nuevas generaciones de sindicalistas. Es muy importante que él siga siendo considerado un referente.
AS: -Yo lo recuerdo también como un tipo muy abierto al diálogo, con otros sindicalistas, con los políticos, con los empresarios. Tenía reuniones a patadas, y siempre estaba dispuesto. Lo invitaban de las embajadas, siempre iba a todos los lugares a los que lo invitaban. Le encantaban todas esas cosas. Los papeleros de Juan Lacaze lo invitaban todos los años a festejar el Día del Papelero con un asado con cuero, y él nunca faltaba. Pero, a pesar de todo eso, no le tiraban los homenajes personales; en todo caso, los aceptaba sobre la base de que se homenajeaba a todo el movimiento sindical. Su construcción siempre fue colectiva. ■

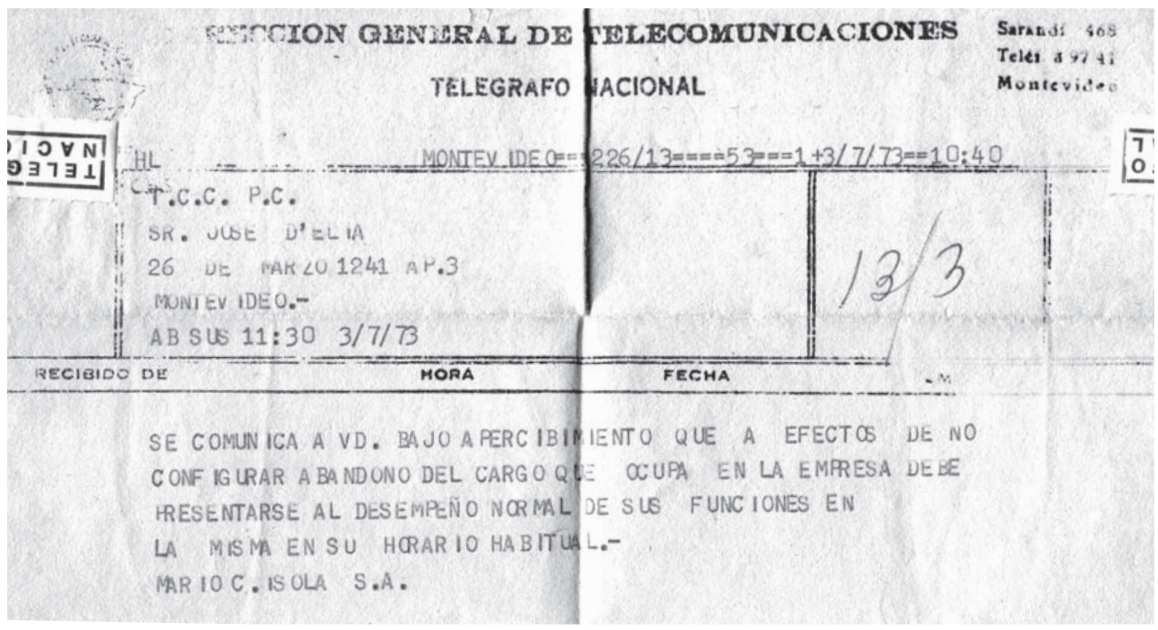
Hilos conductores

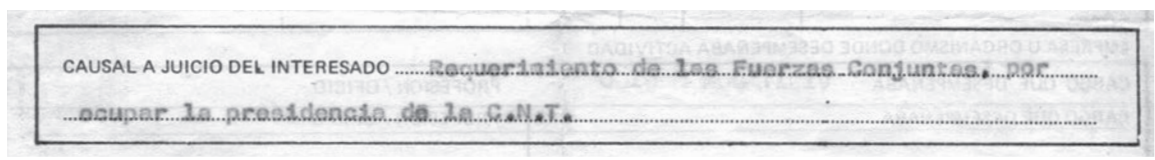
Dos sindicalistas textiles y el papel que jugó José D'Elía durante la dictadura

MARÍA JULIA ALCOBA y Mabel Oliveras son militantes sindicales; ambas estuvieron en el Congreso Obrero Textil y conocieron de cerca de José *Pepe* D'Elía. En esta oportunidad quisieron recordar el papel que desempeñó durante la dictadura.

María Julia comenzó definiendo a D'Elía como una "persona muy especial, un hombre sereno y firme": "Lo conocí en los plenarios de la Comisión Procentral Única; él venía por FUECI [Federación Uruguaya de Empleados de Comercio y la Industria]. Muchas veces las reuniones eran en su sindicato, que en ese entonces estaba en Canelones 1003. Estuvo en todo el proceso, desde el principio, junto a otro compañero de su sindicato. Una vida de dedicación a la militancia".

La sindicalista recordó, por otra parte, que durante la dictadura fue un referente de confianza de los obreros de la Convención Nacional de Trabajadores, de los sindicatos que habían pasado a la clandestinidad y también del movimiento popular en su conjunto. "Fue importante para los compañeros de la resistencia, de quienes recibía importantes datos. Escuchaba a las mujeres de los presos y trasmitía información a los familiares. Siempre encontraba canales en la vida cotidiana de nuestro país para hacerlos llegar", señaló María Julia.


DIRECCION GENERAL DE TELECOMUNICACIONES
TELEGRAFO NACIONAL
Sarandí 468
Teléf. 9741
Montevideo
MONTEVIDEO 226/13 53 1+3/7/73 10:40
T.C.C. P.C.
SR. JOSE D'ELIA
26 DE MARZO 1241 AP.3
MONTEVIDEO.-
AB SUS 11:30 3/7/73
12/3
RECIBIDO DE HORA FECHA
SE COMUNICA A VD. BAJO APERCIBIMIENTO QUE A EFECTOS DE NO CONFIGURAR ABANDONO DEL CARGO QUE OCUPA EN LA EMPRESA DEBE PRESENTARSE AL DESEMPEÑO NORMAL DE SUS FUNCIONES EN LA MISMA EN SU HORARIO HABITUAL.-
MARIO C. ISOLA S.A.


CAUSAL A JUICIO DEL INTERESADO ..... Requerimiento de las Fuerzas Conjuntas, por ocupar la presidencia de la C.N.T.

Mabel también recordó algunos aspectos de aquellos años turbulentos, en los que muchos uruguayos fueron forzados a vivir entre la legalidad y la ilegalidad. "No debemos olvidar que para festejar un cumpleaños en un domicilio particular se tenía que pedir permiso a la comisaría más cercana, si no te aparecía la Policía. Tenían miedo de que allí se realizara una reunión clandestina. Toda la población estaba cuestionada", recordó.

Según Mabel, D'Elía jugó un papel importante en materia de conexiones, entre lo que pasaba en las cárceles y lo que sucedía afuera, y lo mismo entre quienes estaban en el exterior del país y quienes se quedaron en Uruguay. "La militancia sindical se volcó a las ollas populares de los barrios; en los partidos de futbol y en otros lugares de aglomeraciones se volanteaban textos de resistencia. Las reuniones en las que se pasaba información nunca eran de más de tres o cuatro personas", contó.

En ese contexto, D'Elía supo rodearse "de los engranajes trasmisores que estaban mejor aceitados", y de esa manera logró mantener encendidos "los fueguitos que nos sostenían en las noches tristes de la dictadura; a Pepe se le pasaba por distintos contactos lo que ocurría todos los días".

María Julia concluyó: "Pepe fue respetado en el exilio, nos enviaba información y con él confirmábamos los datos que llegaban de distintas fuentes. De esa manera, formamos en distintos países comisiones múltiples de la CNT. Pepe fue un hilo conductor muy fuerte de la solidaridad. No fue el único, pero sí fue uno de los imprescindibles". ■

LOS AÑOS TURBULENTOS Y LA DEMOCRACIA

A finales de la década del 60, D'Elía fue detenido por la aplicación de las medidas prontas de seguridad y pasó tres meses en cuarteles del interior del país, junto a otros dirigentes sindicales. En los años siguientes la situación empeoró; los principales referentes de la CNT eran perseguidos e interrogados de manera permanente.

El 5 de febrero de 1971 estuvo presente en la reunión en el Parlamento en la que se firmó el acuerdo de constitución del Frente Amplio (FA). Al golpe de Estado del 27 de junio de 1973, el sindicalismo uruguayo respondió con una huelga masiva y con la ocupación de los lugares de trabajo; la CNT fue ilegalizada y sus principales dirigentes requeridos. D'Elía integró las direcciones clandestinas en todo el período dictatorial; fue proscripto y perseguido pero no llegó a estar encarcelado. Luego integró la comisión nacional de derechos sindicales, el consejo del periódico *Convicción* y contribuyó, en carácter de asesor, a la creación del Plenario Internacional de Trabajadores (PIT), junto a otros dirigentes de la CNT.

En las elecciones de noviembre de 1984, y debido a la proscripción del general Líber Seregni, integró la fórmula presidencial de FA junto a Juan José Crottogini. Una vez ya conformado el PIT-CNT -bajo la consigna "un solo movimiento sindical"- D'Elía fue ratificado como su presidente; un cargo que ocupó formalmente hasta 1993, cuando pasó a ser presidente honorario (en lugar de presidente, se designaron coordinadores). Durante la presidencia de Jorge Batlle integró la Comisión para la Paz y en 2005 la Universidad de la República -el rector en ese momento era el ingeniero Rafael Guarga- lo nombró doctor Honoris Causa por su "notable contribución a la cultura y el bienestar del pueblo uruguayo". Ese mismo año fue declarado ciudadano ilustre de Montevideo y fue homenajeado por la Asamblea General del Poder Legislativo.

Falleció el 29 de enero de 2007 en su casa en el Parque Batlle, acompañado por sus hijas Lídice y Elisa, sus siete nietos y sus diez bisnietos. El cortejo fúnebre pasó primero por la sede del FA y luego por el local del PIT-CNT, donde hablaron Luis Iguini, en representación de los militantes y fundadores de la CNT, y Juan Castillo, en representación del Secretariado Ejecutivo y de la Mesa Representativa de la central. En el cementerio Norte hizo uso de la palabra el sindicalista Ignacio Huguet, también de la comisión de fundadores del CNT. ■

La visión de un amigo

Al recordar los largos años de actividad junto a José Pepe D'Elía y tratar de sintetizar de alguna forma los formidables valores que nos dejó, no dudo en poner por encima de todo su bondad. Quienes actuábamos diariamente con Pepito y los cientos de compañeros con los que se reunía -independientemente de acuerdos o discrepancias- siempre quedábamos satisfechos por haber tratado el problema con D'Elía.

D'Elía se caracterizó por su gran responsabilidad y seriedad, y por el cumplimiento de los compromisos adquiridos. Otro aspecto importante de su conducta fue el valor que siempre le atribuyó a la puntualidad. Constituir la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) nos llevó varios años. Veníamos no sólo de discrepancias, sino también de enfrentamientos, que involucraban a gremios y a dirigentes. Esos años de luchas conjuntas cambiaron ese clima; sin embargo, las posiciones y divergencias políticas subsistieron por mucho tiempo. Me refiero a las dificultades naturales que puede tener un movimiento obrero sectorizado y dividido, con dos centrales y decenas de sindicatos autónomos, entre otras dificultades.

Una de las centrales, la Unión General de Trabajadores, se autodisolvió para facilitar el proceso unitario; la otra, la Confederación Sindical del Uruguay (CSU), se venía debilitando por el proceso de unidad que se estaba gestando en el país. El panorama se les complicó todavía más cuando un dirigente yanqui de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, Serafino Romualdi, anunció públicamente que le habían donado 20.000 dólares a la CSU para "la lucha contra el comunismo".

Y aquí viene la primera gran demostración del respeto que generaba la conducta de Pepe: el estatuto de la CNT lo único que preveía eran los secretarios; sin embargo, en la primera reunión, D'Elía resultó electo presidente por unanimidad. Éramos 27 miembros de la Mesa Representativa y 15 integrantes del Secretariado. Otra demostración de grandeza era su humildad: trataba de la misma forma a las grandes personalidades políticas y a los dirigentes menos conocidos o a cualquier persona con la que hablaba.

Participé en infinidad de entrevistas y reuniones que mantuvo D'Elía con figuras importantes; en todas las oportunidades nuestro querido compañero y amigo recibió el trato de la personalidad que era. Incluso, en nuestro país, cuando la represión de la dictadura era más feroz, políticos de primer nivel de los partidos tradicionales celebraban entrevistas y encuentros con Pepe. Muchas informaciones importantes nos llegaron por estas vías, que habilitaban, al mismo tiempo, que la CNT diera a conocer sus puntos de vista y planteos.

Como integrantes del Comando de la Huelga General tuvimos cantidad de entrevistas, en especial con dirigentes políticos; me permito destacar las que mantuvimos con hombres del Movimiento Nacional de Rocha y del Partido Colorado. Recuerdo en particular una con el entonces senador colorado Amilcar Vasconcellos: mientras estábamos esperando el ascensor en su edificio llegó el coronel Néstor Bolentini, que también vivía allí. Pepe y yo estábamos recontra requeridos; sin embargo, Vasconcellos dijo: "La reunión la hacemos igual".

Con el paso del tiempo, la figura de este gran uruguayo se irá agrandando y la frase que pronunció cuando la Universidad de la República le otorgó el título de doctor Honoris Causa seguirá alumbrando el camino de los trabajadores: "La unidad se forja y se fortifica todos los días, respetando los diversos puntos de vista y efectuando la síntesis correcta". ■

Luis Iguini